



JEAN-BAPTISTE DEL AMO
ANTOINE D'AGATA

PORNOGRAPHIA

TRADUCCIÓN Y POSTFACIO
LYDIA VÁZQUEZ JIMÉNEZ



CABARET VOLTAIRE

2014



PRIMERA EDICIÓN *noviembre 2014*
TÍTULO ORIGINAL *Pornographia*

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
www.cabaretvoltaire.es

©del texto de *Pornographia*, 2013 Éditions Gallimard
©de las fotografías, 2014 Antoine D'Agata
©de la traducción y postfacio, 2014 Lydia Vázquez Jiménez
©de esta edición, 2014 Editorial Cabaret Voltaire SL

BIC: FA
ISBN-13: 978-84-942185-5-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 24259 - 2014
Printed in Spain

FOTOGRAFÍAS
Con el agradecimiento de Antoine D'Agata a
Tania Bohórquez Salinas
Charlie Jouvét

Dirección y Diseño de la Colección
MIGUEL LÁZARO GARCÍA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA

Fotografía cubierta: ©Antoine D'Agata

« Cet ouvrage a bénéficié du soutien du P.A.P. GARCÍA LORCA,
programme de publication de l'Institut français
et du Ministère français d'Affaires Étrangères et européennes. »

«Esta obra se benefició del P.A.P. GARCÍA LORCA,
programa de publicación del Institut français
y del Ministerio francés de Asuntos Exteriores y Europeos.»

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

PORNOGRAPHIA

A Laurence, mi amiga



«Parrasios amó a la puta
Teodota y la pintó desnuda.»

Pascal Quignard, *El sexo y el espanto*



La noche del funeral, en el paseo, voy caminando entre las salpicaduras y el estrépito de las olas atomizadas sobre el cemento en el crepúsculo, y se me pierde la mirada errante por la superficie de las fachadas resquebrajadas. En medio de aquellos que he de designar como los míos, en una casa donde los recovecos deslucidos y el olor a cajones cerrados ya no me evocan nada, me he mareado. Todo me parece hostil. Al amparo de la sombra gris, jugaban unos niños indistintos, pero sus juegos sonaban a falso y el estaño de las bandejas de ofrendas tintineaba en el altar cuando sus pasos quedos se deslizaban de un cuarto a otro. Mis hermanos fumaban, repantingados en

los sillones de mimbre, y sus sonrisas descom-
puestas me han animado a levantarme. Un mon-
tón de escamas de cemento cubren el suelo, cru-
jen bajo las suelas de mis zapatos y ruedan por
la calzada a cada golpe de viento. No pienso en
nada, soy como esos edificios devastados y gra-
ves, con un cuerpo desierto cuyos cimientos son
de madera carcomida, el mío con la carne erosio-
nada por la sal y la arena. Deambulo sin concien-
cia, aturdido por la certeza de mi presencia, de
la confrontación siempre evadida y ásperamente
deseada con la ciudad.

El sol crepuscular baña de púrpura los calle-
jones y ando en busca de un sople de aire, bajo el
efecto de un pánico solapado. Siento el peso de
la ciudad en el pecho y me doy un puñetazo en
el torso, al ritmo de mis pasos, para forzar la pe-
netración de ese aire abatido tras la lluvia cuando
exuda la tierra. Me reluce la piel de la frente, de
los antebrazos, y me resuena el plexo de manera
especial por los golpes asestados, a hueco, como
la badana de un instrumento de percusión, con la

caja torácica ajena al impacto del puño. Acelero la marcha en dirección al paseo, pensando que el viento me ayudará a recobrar fuerzas. Por supuesto, me engaño a mí mismo, puesto que, para recuperar la soberanía de mi cuerpo, debería abandonar la ciudad en vez de perderme en ella, pero cegado por mi orgullo me creo capaz de someterla y me empeño en recorrer sus calles pegajosas de tanta mugre. Mis pasos tropiezan con los grupos de inmundicia. Sin ser capaz de entender por qué, sé que la soberbia de esta ciudad en ruinas es un eco de la mía, que participa de mi vértigo, que atiza en mí una voluptuosidad inesperada, y ya no camino en busca de un soplo de aire o una escapatoria, sino con el único fin de un goce físico por el que pudiera quitarme un peso, o la conciencia de la ciudad, de encima. Sé que es posible encontrar en el paseo a esos chaperos que, por unos dólares, me ayudarán a sublimar el sórdido panorama de mi retorno al país.

Cuando cae la noche, empiezan a brillar aquí y allá unos puntos de luz en suspensión, últimos

reflejos y farolas de trémula luminosidad, espectros de faros en el ocaso del día cuando se sonrosa la piedra. Al recorrer el paseo, comprendo que no encontraré en ningún sitio el soplo salvador. Las ráfagas de viento exhalan sobre la ciudad su aliento de ciclón, el tufo a ciénaga que expectoran las alcantarillas más abajo, en el mar. Se me pega a la piel el lino de la camisa, pero ya ni siquiera me doy cuenta. Electrizado, sólo tengo ojos para los chavales del paseo, para sus torsos desnudos y sus músculos secos, sus costillas protuberantes bajo el óvalo del seno, para la arrogancia viril con la que se acodan en el muro, sus andares ostentosos mientras que, por momentos, una ola cortante como una hoja de afeitar se traga el malecón y pulveriza en la calle una espuma blanca de la que disfrutaban sus cuerpos tersos en medio del fragor. Los pechos se hinchan y los vientres se hunden. Algunos muchachos levantan desafiantes el brazo hacia el océano y lanzan gritos de guerra. Cada uno de esos gestos excita en mí el deseo de esa baba espumeante en sus labios y de esos regueros de sudor, auténticos surcos que recorren sus espaldas.

Durante el paseo he alejado de mi mente la realidad de mi retorno al país. Me he perforado, he hecho un vacío en mí, he excavado las profundidades abisales; esta tierra de la que he huido y renegado las colma ahora con una violencia insólita, siento cómo me penetra esa materia mineral hasta cebarme, hasta saturarme de mí mismo y de esos adolescentes del malecón en un deseo ciego, y paso revista a los chavales semidesnudos. Retiene mi atención uno de ellos en especial, por estar más sucio y desesperado que el resto. Se enfrenta a las olas con una ira próxima al delirio y se tirarían por chulería desde lo más alto del muro, y su cuerpo quedaría esparcido entre las rocas, si no fuera porque le retienen por los hombros unas manos que, con la excusa del juego, buscan alejarle del borde. Esa despreocupación me conmueve, y decido que me da igual lo que pueda pasar. Aunque debiera morir en ese mismo momento, no vacilaría.

Le susurro una oferta al oído a un chiquillo vestido con harapos y observo cómo cruza la calle mi mensajero, cómo brinca con destreza, cómo sortea el vals de los coches hasta llegar junto al chaperero de los bíceps, cómo le acerca la boca negra a la cara que enseguida se me queda mirando. El adolescente suelta una sonora carcajada y dejo de oír el estruendo de las olas. Me parece incluso que todo ese bullicio sale de su boca, luego lanza un escupitajo al suelo mientras agarra con una mano la masa de su sexo adivinada bajo el tejido mojado de sus pantalones vaqueros y con la otra me hace una seña para que le siga. Caminamos a distancia y, al volverme, veo cómo se difumina entre las salpicaduras la silueta de mi mensajero tieso como una esfinge, y sombrío, sin nada infantil ya en su aspecto. Distingo apenas su rostro en el crepúsculo, y creo por un momento que el crío se ha transformado en un perro amarillo, como esos que yerran por el paseo y mueren de agotamiento, resecos de tanto salitre; pero éste nos mira y no hay nada, en esas formas longilíneas y salvajes, que me permita distinguir si esa silueta inmóvil es la de un perro o la del niño. Sin

duda el intermediario acaba desinteresándose por nosotros porque, cuando me vuelvo otra vez, veo cómo desaparece al doblar la esquina de una calle, devorado por la noche.

El chapero anda con paso resuelto, sin que parezca preocuparle un solo instante si le sigo o no. Su desprecio atiza mi deseo de atraparlo, de cogerle del brazo para ordenarle que me haga caso. Enseguida me invade de nuevo la necesidad de ese cuerpo cuyos pasos van negándome uno a uno, del que adivino el grosor y la densidad y la rotación de sus músculos y el hervor de su sangre y el calor y la convulsión de las tripas y la supuración de sus glándulas y el chorreo de sudor, saliva, bilis y esperma; la vida misma, la perfecta disposición de esas carnes que conforman una catedral de fluidos y órganos, un pequeño dios de miseria.

Del chapero, lo ignoro todo, salvo lo que las poses en el paseo me dejan suponer. Siente probablemente el estado de tensión en el que me sumen

su indiferencia y nuestro deambular por la ciudad. Ralentiza el paso, se para a mear, interpela a algunas chicas acodadas en las barandillas de los balcones. La noche es más densa que la pez, las farolas perforan las tinieblas y yo soy la presa imantada por el cebo, galvanizada por la potencialidad de su propia muerte. El cuarto se parece a esos paisajes desconocidos que se revelan casi idénticos a los imaginados, y en ese momento un sentimiento de extrañeza invade la mente. Es una habitación pequeña, de mala muerte, con un ventanuco que da a la calle sin que la luz consiga filtrarse hasta el interior, y descubro el lugar ocupado por el chaperero, someramente acondicionado por él. Me gusta el colchón en el suelo, la sábana llena de mugre, el pantalón de lino tirado en la silla, los carteles de beisbol y las resquebrajaduras tapadas con cemento. El verdín se extiende por una esquina de la habitación, sobre una cuarta parte de una de sus paredes. Dibuja amplios círculos, densos y fibrosos, y recorre el suelo hasta llegar a nuestros pies. El moho parece oscilar con la luz, pasando de un verde sórdido a un gris pizarra con cierto tufo a hongos. El puto me

observa mientras despego con la punta del pie una lama de la tarima podrida. Se impacienta y me dice que cierre la puerta. ¿No querrás que me tomen por un maricón, verdad? Digo que no y obedezco, pensando que el sudor de sus sobacos y el jugo de sus cojones son puro abono. Me desabrocho la camisa. El aire confinado y la humedad de la ciudad me envuelven como una lengua caliente. Doy unos cuantos pasos hacia el chapero inmóvil y veo por la ventana un trozo de calle amarilla, recortada por el muro medianero, y en ese fragmento, el destello breve de un coche. Gime el deseo que me punza el vientre, alimentado por el hedor del cuarto, olor a sexo mugriento, a madera enmohecida, a fruta podrida, a orina rancia, a sudor tropical. Siento la necesidad de sumergirme en esa suciedad y gozar de ella con toda impunidad. Por fin me convertiría en un hombre libre y asolado.

La ciudad y el cuarto del chico me sumen en esa realidad de la que he pretendido renegar, como si sólo dependiera de mí dudar de ella para